

# EL TIO CAMORRA,

PERIODICO POLITICO Y DE TRUENO.



## EL TIO CAMORRA

DEBUTANDO (1) EN LA ESCENA POLITICA.

Será bien que la *Francia* nos socorra,  
ó que *Inglaterra* á nuestra causa se una?  
Si le dan á escoger al *Tio Camorra*,  
de entre las dos..... *se queda sin ninguna.*

Muchos dias desde que sale el sol hasta que se pone, se ha llevado el *Tio Camorra* rellexionando acerca de la situacion de nuestra patria, amarrada hace mucho tiempo al yugo extranjero; pasando del dominio de Francia al de Inglaterra, y viceversa, que es

(1) Perdónese la expresion por lo que huele á *extrangis.*

lo mismo que decir de Herodes á Pilatos, y no seguramente porque los franceses y los ingleses tengan bastante poder para esclavizarnos, sino porque los prohombres de todos los partidos españoles han tenido suficiente debilidad para vendernos. En esta parte, preciso será confesar que nada pueden echarse en cara los de ahora y los de antaño.

Y cuando á los moderados  
 reprenden los progresistas,  
 ó bien los de abajo sufren  
 insultos de los de encima;  
 Con amargura recuerdo  
 aquella fábula antigua:  
 «dijo la sartén al cazo;  
*quítate allá que me tiznas.»*

Esto, por de contado, no lo dice el *Tío Camorra* así como se quiera, sino al son de la guitarra, único instrumento que el *Tío Camorra* sabe tocar, y eso por ser esencialmente español; pues de lo contrario no lo cogería en sus manos. Hasta este punto lleva el ciudadano de *Torrelodones* su nacionalidad; y al cabo y al fin, si lo miramos despacio, mas vale que el *Tío Camorra* se divierta tocando la guitarra, que no que nuestros políticos negros y blancos, jóvenes y viejos se lleven años y mas años tocando el violon.

Cuando el *Tío Camorra* coge la guitarra para entonar un jaleo de aquellos buenos de la tierra de Dios, ó una jota aragonesa de aquellas que hacen decir á los franceses *magnifique!* y que nosotros llamamos *soleá*, se alborota todo el cotarro, y copla viene contra los franceses, y copla va contra los ingleses, puede decirse que de allí al cielo. Otras veces varia el compás, y rasgueando unas manchegas discurre así acerca de la cuádruple alianza:

Portugal, Francia, España  
 y la Inglaterra,  
 son las cuatro naciones  
 de la cigüeña;  
 En cuyos nidos  
 no hay mas que polvo, paja,  
 plumas y picos.

Y si alguno afirma lo contrario que levante el dedo; que aquí está quien lo dice y lo sostendrá hasta que venga Dios á juzgar á los vivos y á los muertos. Qué son en la actualidad las cuatro signatarias de la cuádruple alianza? Vamos por partes: Portugal es una nacion, ó por mejor decir, Portugal ya no es una nacion, y lo peor de todo es que ya no volverá á ser una nacion sino un vi-reinato en que por ahora la corte de Lisboa recibe de los torys ó

de los whigs órdenes que mas adelante los sucesores de Doña María recibirán de los sucesores de Peel ó de Palmerston ; justo castigo que envia el cielo á esa provincia española que ha querido formar un reino aparte, sin recursos para sostener su independencia. Me parece que á la postre tendrán los portugueses que caer del asno, reunirse á nosotros, y de dos naciones que hoy son cada una de por sí muy débiles y muy impotentes para defender sus pabellones con decoro, constituir una sola, fuerte, capaz de dar leyes á Europa en vez de recibirlas. Por de pronto, á pesar de todas las bravatas que nuestros vecinos echan por mar é por *terra* con sus millones de *reis* y sus centenares de *pes de caballo*, conste que Portugal ya no es Portugal, así como Polonia ya no es Polonia, cosa que no solo pasa por axioma entre los hombres, sino que tambien es verdad reconocida de los loros, á quienes casi todos mis lectores habrán oido decir aquello de «Lorito real.... para España, pero no para Portugal.»

Y sin embargo, los pobrecitos loros no saben lo que se pescan; porque España, esta nacion tan soberbia y tan poderosa en los tiempos del oscurantismo, y tan cachonda y estenuada en el siglo de los fósforos y del alumbrado de gas, tiene ya muy poco que echar en cara á Polonia, y no tardará muchos años, si Dios no lo remedia, en envidiar la suerte de Portugal, que será cuanta desgracia pueda caer sobre nuestras pobres costillas. Digo esto, porque los portugueses, subyugados al capricho de la *generosa Inglaterra*, no tendrán la desventura de servir á dos amos como nosotros, condenados por lo visto á ser juguete de los ingleses y los franceses, para que los unos monten y los otros arreen, ó lo que es lo mismo,

para que pronto  
como á una bestia,  
que de dos amos  
la dependencia  
por el dinero  
ganó en la feria;  
nos carguen todos  
con mucha flema  
unos de carne,  
y otros de leña.

Esto es lo que el *Tio Camorra* quisiera evitar, y para ello se propone ilustrar un poco la conciencia de los españoles, publicando una série de artículos que hablen al alma, y que desafiando las iras del *partido francés* chorreen *patriotismo* por todos cuatro costados. Ya este buen español ha manifestado su aversion al yugo extranjero, venga de donde venga; le combatirá no solo porque es indecoroso, sino porque es innecesario, y el *Tio Camorra* res-

ponde con su cabeza de que el pueblo español recobrará su antiguo poder robustecido con los elementos de la civilización moderna, el día en que comprenda lo que vale, y coloque al frente de los negocios hombres que no tengan *compromisos que cumplir, ni deudas que pagar*. Por ahora, como que lo mas apremiante es lo que dice relacion á los traspirenáicos, empezará el *Tío Camorra* dando un vapuleo menudo á la Francia, para lo cual ha tenido buen cuidado de sacar algunos apuntes históricos, en que se verá palpablemente que la enfermedad que nos allije es crónica, y que necesitamos curarla radicalmente, antes que se nos compare á los *tísicos* y á las *ermitas*, dos cosas diferentes que se parecen en que *no tienen cura*.

Qué es lo que tenemos que agradecer á la Francia? Oigamos á los afrancesados, y tal vez nos convenceremos de que en efecto debemos estar agradecidos á los favores que continuamente nos dispensa la patria de *Mr. Teste*. En primer lugar, debemos estar reconocidos á la generosidad con que nos suministra sus monedas, pues ya ven ustedes que nos envian todos los *napoleones* que pueden; pero es porque se llevan nuestros duros, devolviendo gato por liebre. Y no es esto lo peor, sino los *napoleones* de carne y hueso, conocidos con el nombre de *guardias civiles y empleados del ramo*, que obligados á encasquetarse el tricornio á imitacion del vencedor de Austerlitz, nadie dirá que son personas humanas, y si no fuera porque no tienen nada de hermosos, creeríamos que eran *santis bonitis y baratis*, solo que no les pega lo de *bonitis*, pues el mejor de todos puede apostárselas al sargento Cruz, de quien refiere la tradicion que reventó de puro feo. Qué es pues lo que viene de Francia digno de nuestra consideracion? Serán por ventura los *monos sábios* con que se nos estruja la bolsa sin el placer de divertirnos? Será esa gran cantidad de organillos, antidoto infalible para aborrecer la música? Qué será? Lo único que puede ofrecer alguna utilidad es esa muchedumbre de *amoladores* que invaden todos los pueblos de España, y por Dios que asi estamos nosotros tan desmadejados desde que damos entrada en nuestra casa á hombres que tales oficios ejercen. En cambio, preciso será confesarlo, bien nos han indemnizado los franceses, pues todas las desgracias que nos han ocasionado, todas las plagas que nos han traído, todo el mal que durante muchos años nos han hecho queda recompensado con el placer que nos han dado, con la fortuna que nos han concedido enviándonos al duque de Montpensier, príncipe de los luceros y lucero de los príncipes. Qué lástima que los que nos hicieron la gracia de mandarnos á Montpensier, nos hayan hecho el agravio de llevarse á la duquesa de Rianzares! Las naciones, lo mismo que los individuos, son á veces tan miserables que no saben hacer los favores sino á *medias*, quitando de este modo todo motivo de gratitud. Pero en fin, mas vale algo que nada, y con tal que Doña María Cristina disfrute buena salud y se divierta

mucho en París, aunque nunca vuelva á poner los pies en España, tendremos la santa resignacion de darnos por muy contentos.

## CRISIS.

Madrid 20 de agosto de 1847.

SR. D. JUAN DE LA PILINDRICA.

*Muy Sr. y amigo mio : Ya dije á V. en mi anterior que esto va malo, malísimo; y le aseguro á V. que estoy que no me llega la camisa al cuerpo. Aquellos amigos que se casaron antaño no se han unido como le aseguraba en el pasado correo; antes por el contrario, siguen en tal estado, aunque con esperanzas de acercarse cuando llegue el tiempo de los hielos, es decir, dentro de CUATRO MESES, si Dios quiere; la noche-buena podrá ser buena en doble sentido, y tendremos felices Pascuas.*

*Por aquí circulan noticias alarmantes, pues para gobierno de V. acaban de decirme con mucho misterio que hay CRISIS. Yo, si he de decir la verdad, no entiendo este potage; pero estoy muerto de canquelo por lo mismo que ignoro lo que es crisis, y espero que V. me escriba sin pérdida de correo para auxiliarme con sus consejos; porque si como yo me figuro, la CRISIS es alguna cosa contraria á la salud, pienso poner pies en polvorosa, que es lo que tuvo que hacer la gente bien acomodada el año 1834, cuando se presentó otro fenómeno llamado el cólera morbo. —Suyo, EL TIO CAMORRA.*

Tal es la carta que hace pocos dias escribí yo, el *Tio Camorra*, al fiel de fechos de *Torrelodones*, y fué este buen señor tan solícito en complacerme que al dia siguiente por la mañana ya estaba en mi casa á darme la contestacion verbalmente. Quiero pasar en silencio los abrazos y las lágrimas que tuvieron lugar en la entrevista, y voy á referir antes con antes el diálogo que los dos tuvimos acerca de la gran calamidad que yo temia tanto; calamidad conocida en España con el nombre de *crisis*....

— Sr. D. Juan de mi alma y de mi vida, hágame V. el obsequio de explicarme lo que es *crisis*; dígame V. si es cosa mala.

— Sí, amigo *Camorra*, sí; es una enfermedad epidémica. (Es de advertir, antes de pasar mas adelante, que el Sr. D. Juan de la *Pilindrica* llama al *Tio Camorra* de tú, como que éste ha sido su discípulo en la gaya ciencia.)

— Qué dice V., Sr. D. Juan? Enfermedad epidémica! es decir, que se pega y produce estragos horrorosos? Con que tendré que abandonar mi periódico y tomar soleta hácia *Torrelodones*?

— No por cierto.

— Pues, cómo?

— La crisis de que te han hablado es crisis ministerial; quiere decir, que el ministerio actual está en vísperas de dar un trueno que se lo lleven los demonios.

— Amen. Pero Sr. D. Juan, no me dijo V. hace poco que la crisis era enfermedad epidémica?

— Sin duda; pero es enfermedad que solo ataca á los gobiernos y no llega á los ciudadanos. Digo que es epidémica, y en efecto, á veces se presenta con este caracter, bastando que haya crisis en Inglaterra para que tambien la Francia tenga crisis; en seguida se pasa á España que la trasmite á Portugal, y cátae en crisis á todas las naciones signatarias de la *cuádruple alianza*.

— Vaya, vaya; pues ya estoy fuera de cuidado, porque si esa enfermedad solo ataca á los ministros, á ver como no acaba con todos, de modo que no quede uno para un remedio.

— Eso es demasiado bueno para que debamos esperarlo, amigo *Camorra*. Los ministros se parecen á los gatos en tres cosas, á saber: en que tienen las uñas largas, en que tienen siete vidas, y en que siempre caen de pies.

— Tiene V. razon, Sr. D. Juan; pero, sabe V. lo que digo?

— Explícate.

— Digo que eso de tener siete vidas no cuela, y pronto se vencería V. de lo contrario, si todos los hombres pensaran como yo. En fin, lo que nos importa ahora es hablar de la crisis ya que sabemos lo que es crisis: me parece que eso no puede ser favorable al pueblo.

— Estás equivocado de medio á medio, amigo mío. Cuando los ministros son hombres probos, inteligentes y amantes del bien público, efectivamente la crisis es una calamidad; pero cuando los ministros son como los actuales, impotentes, nulos, sin fuerza y sin voluntad para hacer la felicidad del pueblo é inconsecuentes con sus principios, entonces la nacion española desde la primera capital hasta las aldeas mas remotas, debía celebrar la noticia de la crisis con repique de campanas y danzas públicas.

— Pues, señor, yo insisto en que la crisis, aun en la ocasion presente, debe considerarse como una verdadera desgracia.

— No lo entiendo.

— Pues yo sí que lo entiendo; y para probar á V. que tengo razon le voy á referir un cuento. Dícese que habia un rey muy tirano á quien todos sus súbditos odiaban y deseaban la muerte. Este rey salía siempre á paseo en medio de un silencio sepulcral, pues nadie desplegaba los labios mas que una pobre vieja que gritaba diariamente ¡viva el rey, viva el rey, viva el rey!!! Asombrado el monarca de que hubiera una sola persona que le quisiera bien, mandó un día llamar á la vieja y la preguntó por qué gritaba con tanta vehemencia ¡viva el rey!! á lo cual contestó la muger:

«Señor : he conocido á vuestro abuelo, que era muy malo; he conocido despues á vuestro padre, que era mucho peor ; he tenido la desgracia de conocer á V. M., que esmas malo que los dos juntos. Ahora bien, si el que ha de venir despues ha de ser peor que V. M., permita Dios que V. M. viva muchos años.» Y esto diciendo se alejó del monarca gritando con toda su fuerza : ¡ viva el rey, viva el rey, viva el rey ! Haciendo ahora la aplicacion del cuento, Señor D. Juan, conocerá V. por qué digo que la crisis no me agrada. Desde 1834 acá hemos conocido una porcion de ministerios, que si uno ha sido malo, el otro ha sido peor ; y como tengo tanto miedo de que venga un ministerio peor que el actual....

— Eso es imposible, amigo *Camorra*, y aquí encaja bien aquello que dijo Quevedo á un jóven que le presentó dos sonetos que había hecho con el fin de dar los días á una señora.

— Qué dijo ?

— En cuanto leyó el primero dijo al joven poeta que podia entregar el segundo. Cómo, preguntó el jóven, cómo me aconseja V. á dar el segundo si no ha leído V. mas que el primero ? — Porque no puede ser tan malo como este, contestó Quevedo.

— Entiendo, Sr. D. Juan, entiendo ; quiere decir que cualquier ministerio que venga será mejor que el actual.

— Al fin y al cabo tendrá la reina que apelar al *Tio Camorra* para formar el ministerio.

— No lo crea V.

— No puede la reina nombrar ministro al *Tio Camorra* ?

— Sí señor, pero el *Tio Camorra* no puede ser ministro.

— Una cosa es que *no quiera*, y otra que *no pueda* ; porque desde que Gonzalez Brabo y otros han podido ser ministros, ya ves que puede serlo cualquiera.

— Respete V. mi silencio, Sr. D. Juan ; le suplico á V. que respete mi silencio, y hástele á V. saber que el *Tio Camorra* no será ministro, aunque le obligaran á ello, no solo porque *no quiere* sino porque *no puede*.

— Qué misterio ! Pero ya que el *Tio Camorra* no pueda ser ministro, podrá al menos designar las personas capaces de desempeñar el ministerio con acierto.

— Yo lo creo, y desde ahora señalo al tio Lorenzo Palmas el de Torrelodones, para ministro de Estado.

— Hombre, no digas disparates ; no recuerdas que el tio Lorenzo no sabe leer ni escribir ?

— Y eso qué importa ? Mejor ; para la falta que hace la diplomacia, maldito si se necesita saber el alfabeto. En el ministerio de la Guerra pondria yo al hijo de la tia Tomasa la gorda.

— Qué desatino ! Si ese muchacho no ha sido nunca militar.

— Precisamente me gusta á mí porque es enemigo de la tropa y reduciria el ejército todo lo que puede y debe reducirse. Qué, hemos de tener siempre soldados de sobra que tras de sacarnos el

dinero nos den de palos? No señor, lo que el *Tío Camorra* quiere, como todos los españoles, es libertad verdadera y economías, y clamará porque haya un ministro de la Guerra que rinda culto á la ley de la necesidad, y haga en su ramo las reformas que la sana razon aconseja, pues ya puede V. conocer que con un ejército tan numeroso como el que tenemos hoy no puede haber *economías* ni verdadera libertad. Para el ministerio de Hacienda propongo al tío Ramon el zurdillo.

— Un labrador!!!

— En efecto, un labrador, un contribuyente que sabe ganar el pan honradamente; que disminuiría los gastos de su ministerio estinguendo oficinas inútiles, donde muchos empleados cobran sueldo por leer la Gaceta; que suprimiría de una plumada ciertas contribuciones, como derechos de puertas etc.; contribuciones innecesarias porque apenas bastan á cubrir los sueldos de los vagamundos empleados en el ramo, inmorales porque protejen el fraude, lejos de estinguirlo, sirviendo solo para engordar á cuatro ganapanes, y por fin, contrarias á la libertad y á la dignidad del hombre porque apenas puede un ciudadano salir fuera de puertas á dar un paseo por temor de que á la vuelta venga un hotentote á echarle el gancho como si fuera trapo viejo y registrarle los bolsillos. Un hombre de estos sentimientos, incapaz de comerciar con los destinos de la nacion, porque su probidad no lo consentiria, incapaz de hacer contratos onerosos para el pais favoreciendo *por cuanto vos* á los *especuladores modernos*, vulgo *judíos*, incapaz tambien de aprovecharse de la ocasion para sacrificar á cuatro pobres en infames manejos de bolsa; un hombre que al dejar el ministerio tendria que volver á su labranza por no haber sacado lo bastante para construir palacios, como Ibrahim Clarete y D. Alejandro Mon, me parece que seria el bello ideal de los ministros de Hacienda.

— Es cierto, y precisamente porque es un *bello ideal*, te aconsejo que omitas recomendaciones.

— En los ministerios de Instruccion pública, Gobernacion, Gracia y Justicia y Marina.... pero, á qué me estoy cansando si nunca el *Tío Camorra* ha de ser consultado para formar un ministerio, ni aunque lo fuera se tomaria su candidatura en consideracion?

— Vas proponiendo unos nombres tan oscuros que no tendrian en su favor las simpatías de Francia ni de Inglaterra.

— Yo lo creo, y no será porque hicieran lo que nuestros moderados y progresistas, que para resistir á la influencia francesa, necesitan humillarse ante los ingleses, y para librarse de estos degradarse y envilecerse á los pies del rey de las barricadas. Los ministros propuestos por el *Tío Camorra* echarian á paseo á los unos y á los otros, y vengan venablos, que todavía hay doce millones de españoles de los cuales la mitad son varones, y de estos eliminando niños y ancianos, puede improvisarse á cualquier hora un ejército capaz de dar la ley al mundo.

Al llegar aquí entró precipitadamente un vecino mio, hombre probo y liberal, dejándonos estupefactos con estas desconsoladoras palabras.

— Ya no hay *crisis*!

— Cómo que no hay *crisis*! pregunté yo. Eso será porque el Pardo y la Granja se han acercado.

— Efectivamente, respondió el amigo; se han acercado tanto, que un matemático ha demostrado número por número, que hay hoy tanta distancia del Pardo al palacio de Madrid, como había hace un mes desde la Granja al Pardo. (Téngase presente que este artículo se escribió el 20 del pasado: han trascurrido doce días y todavía no se han estrechado las distancias, ni se estrecharán probablemente en algún tiempo, como si dijéramos en un tercio de año.)

---

## DIALOGO

EN QUE SE PRUEBA HASTA LA EVIDENCIA QUE EL TIO CA MORRA  
ES COMO DIOS LE HIZO.

Algunos días despues de ocurrida la conferencia que habrán visto nuestros lectores en el artículo anterior, si no tienen la extravagancia de leer el número al revés como hace cierto empleado de alta categoría de quien se hablará mas adelante, se verificó aquello de venir á Madrid el duque de Valencia. En pocos días la corte de España ha tenido la satisfaccion de contar en su seno á las dos notabilidades políticas de la época, que son *D. Ramon Maria Narvaez* y *D. Juan de la Pilindrica*, el uno con su espada y el otro con su pica. Ambos tan amantes de su patria que si no traen la misma misión, puede decirse que han venido con el mismo objeto, el de ocuparse de los negocios políticos, para lo cual han tenido los dos que abandonar sus puestos, el uno como embajador en Francia y el otro como fiel de fechos de Torrelodones. Esto no dejará de producir algun trastorno, porque dichos señores conocian perfectamente sus obligaciones, y será muy difícil, por no decir imposible, encontrar dos hombres de mérito tales, que el uno pueda sustituir dignamente al general Narvaez en la embajada de Paris y el otro á D. Juan de la Pilindrica en el fielato de Torrelodones. Pero aunque los dos personajes vienen á ocuparse de asuntos políticos, conviene saber que no traen iguales miras, porque no congenian, y ademas porque el Sr. D. Juan que solo ha escuchado los clamores de los habitantes de Torrelodones, tiene ánimo de volver por el decoro de los españoles mal que pese á la Francia, al paso que D. Ramon habiendo oido tan solo á los franceses, quizá se incline á satisfacer las exigencias de la Francia en perjuicio de los españoles.

De todos modos nuestros lectores querrán saber cómo ha recibido el *Tío Camorra* la noticia de la venida de Narvaez, embajador de Francia en Madrid.... quiero decir, embajador de Paris en España; otra equivocacion, embajador de España en Paris. La mayoría de los madrileños se alarmó; todas las personas que estiman en algo la dignidad de su patria se irritaron con este fenómeno político, y el *Tío Camorra* se irritó tambien contra los que se irritaban. La prensa era en aquellos días una torre de Babel, y mientras que algun periódico preludiaba cánticos de triunfo á la restauracion de la fuerza bruta, lloraban otros á lágrima viva la muerte de la libertad. *El Tío Camorra* entre tanto permanecia impasible.

La novedad debía ser grande segun la animacion que se notaba en el pueblo; pues al llegar el Sr. Narvaez á Madrid, se dijo que los padres de familia no querian enviar sus niños á la escuela, los libreros borrraban de los libros históricos toda la parte que dice relacion á la batalla de Cannas, y los *caleseros* subieron un cincuenta por ciento el precio de sus *calesas*. *El Tío Camorra* á todo esto permanecia impasible. Y no debía hacer otra cosa; porque conoce mucho al *héroe* de Ardoz, y no puede darle importancia hasta el punto de temerle. Quién es Narvaez para asustar á nadie y menos al *Tío Camorra*? Sepámoslo. Narvaez es un hombre que para hacer la guerra en la Mancha tuvo que desplegar una política de espanto y de terror contra los paisanos, á falta de dotes militares para combatir á los facciosos: que despues no se hizo visible hasta la jornada de Ardoz, en que tuvo la suerte de vencer á los que se le pasaron; que luego fué ministro y cometió mil atrocidades, amparado mas bien por la fuerza de las circunstancias, que por la firmeza de su caracter; que poco á poco presentó, como no podia menos de suceder, el flanco del ridículo hasta el punto de tener que tomar las de Villadiego, y que ahora vuelve mas cascado que antes, con una peluca mayor, si cabe, que la que gastaba en otro tiempo, y sobre todo, despojado de aquel prestigio que disfrutó cuando como suele decirse, en tierra de ciegos cualquier tuerto podia ser rey. Así, pues, el *Tío Camorra* recibió la noticia de la venida de Narvaez como debía recibirla, es decir, con la mayor *indiferencia*.

No le sucedió lo mismo á D. Juan de la Pilindrica, que instruido de lo que pasaba, llegó á mi casa diciendo: Qué lástima de nacion! Qué desgracia para nosotros! Qué dolor! Narvaez ministro!!! Y quién es Narvaez para formar el ministerio?

— Toma, le contesté yo; pues qué no ha sido ya ministro?

— Sí que ha sido ministro, pero era durante unas circunstancias de escepcion que no deben reproducirse mas. Cuando se quiera una situacion de terror, en que los hombres del sable salten por encima de las leyes con tanta facilidad como salta el Chichanero por encima de la barrera; cuando se quiera justificar aquella caricatura del *Globo*, en que se ponía á los africanos viajando en ca-

mello delante de la civilizacion española que caminaba en burro, está bien que se ponga en ejecucion la política que el Sr. Narvaez ha ensayado anteriormente; pero ahora no hay necesidad de eso, y tolerarla equivaldria á confesar que la España es un pueblo sin pueblo, y que el gobierno representativo es un melodrama romántico, en que haciendo Narvaez de protagonista y desempeñando los principales papeles sus dignos instrumentos Chico, Redondo y el baron de Boulow, se ha de ver el mundo al revés, haciendo que los inocentes aparezcan culpables, y concluir matando hasta al apuntador.

— Pobre actor es ya para eso Narvaez; ha pasado su época, y no sirve ni para representar *Los celos del tio Macaco*.

— Qué escándalo! Pero, de qué me admiro? En una nacion donde Ovilo Otero goza la reputacion de historiador, Mazarredo la de militar, Pezuela la de literato, Gil y Zárate la de poeta, Gonzalez Brabo la de diplomático y Pavía la de valiente, no tiene nada de extraño que Narvaez usurpe la fama de político.

— A propósito de Pavía. Sabe V. que el tal Pavía, mas bien debia estar al frente de una manada de pavos, que de un ejército de soldados?

— Yo sé lo que todo el mundo sabe, amigo *Camorra*, y eso que tú dices lo sabe todo el mundo.

— Ha visto V. cómo le ponen los centralistas?

— Sí que lo he visto. Y qué te parece á tí que debia hacer el Sr. Pavía?

— Lo que hará el Sr. Pavía será despreciar á los centralistas, insultarlos impunemente, guarecido por una muralla de veinte mil bayonetas.

— No te pregunto lo que hará, sino lo que debia hacer.

— Eso es bien claro, lo que por sabido se calla; pues no creo yo que la posicion política, social ó militar de un individuo le pueda nunca dispensar de cumplir con los deberes de un caballero. A mí me habian asegurado que el general Pavía era hombre decidido.

— Sí, decidido á abusar de su posicion para insultar á los inermes.

— Tambien me habian dicho que era hombre de teson.

— Es cierto, al frente de veinte mil hombres, para atropellar á los alcaldes de montera.

— Me habian dicho ademas que es un genio para la guerra.

— En efecto, no hay otro hombre para sufrir con resignacion las derrotas, y si no que lo diga la faccion de Cataluña cada dia mas boyante.

— Y me habian dicho por fin, que era un hombre feroz.

— Oh! muy feroz.... para echar á correr. Te aseguro que si tuviera un poco mas de valor y un poquirritito mas de inteligencia, seria un excelente torero, porque en cuanto á lo demas, cuan-

do él quiere menear las tabas, no le alcanza un toro salamanquino.

— Qué haría el grande Alejandro si levantara la cabeza?

— Subirse á las pirámides, echar una mirada por el mundo y llorar.

— Y Napoleon?

— Dirigir el telescopio desde lo mas alto de la columna *Vendome* hácia este rincon de Europa, y soltar una carcajada.

— Sin embargo, los españoles, estos mismos hombres que harían reír á Napoleon en el día, le vencieron en la guerra de la independencia.

— Es falso.

— Cómo que es falso?

— Porque los que hirieron de muerte al águila imperial, eran los hombres de 1808, que no tenían nada que ver con los de 1847. Hay algo de comun entre los Narvaez y los Minas, los Pavías y los Empecinados? Pues has de saber que de los Narvaez y Pavías á los Minas y Empecinados, ó lo que es lo mismo, de los hombres de 1847 á los de 1808 hay tanta distancia como del año ocho á la creacion del mundo. En la guerra de la independencia se daban los grados y condecoraciones al valor y no á la intriga; no se ganaban las distinciones honoríficas bailando, sino en el campo de batalla, y no hacían los hombres su carrera persiguiendo á los españoles, sino combatiendo á los franceses. Ahora es preciso que se haga lo contrario, y está mas cerca de merecer el poder el que mas pruebas ha dado de servir á los intereses de la Francia y de atropellar á los españoles.

— Tiene V. razon, Sr. D. Juan, tiene V. razon; pero no hay que desanimarse porque venga Narvaez con toda su policia, y sus trabucos y sus calesas,

Que si hoy al pueblo atropella  
y sus derechos no ensancha,  
le seguiremos la huella....  
pues ya se eclipsó la estrella  
del fanfarron de la Mancha.

Y no faltará ocasion,  
como no esconda la nuca,  
para dar un pelucon  
*al hombre de la peluca.*

Venga ese pobre demonio  
que le hemos de dar un tute,  
probándole, al muy bolonio,  
que España no es patrimonio  
ni lo será de un franchute.

Y ya que ese fanfarron  
crudos los hombres manduca,  
daremos un pelucon

*al hombre de la peluca.*

Que venga el tal ciudadano,  
coco de las pobres gentes  
que se han alarmado en vano,  
á perseguir inocentes  
como un cacique africano.

Que aun hay en esta nacion  
gente muy terne y muy cuca,  
para dar un pelucon  
*al hombre de la peluca.*

Venga, pero sepa al menos  
que no hay miedo á la mazmorra;  
que le aguardamos serenos;  
que aun hay españoles buenos  
y al frente está el *Tío Camorra*.

Y con todo su *espadon*  
verá el señor don Ramon  
que ya su poder caduca;  
pues llevará un pelucon  
que no le sabrá á jamon  
*al hombre de la peluca.*

¡Quién habia de decir hace ocho dias, cuando se escribió este artículo, que tan pronto se cumplirian los vaticinios del *Tío Camorra*! El petardo que el *héroe de Ardoz* se ha llevado, prueba suficientemente que el que en otro tiempo se consideraba *hombre necesario*, no es ya mas que lo que ha debido ser siempre, un mueble mandado recoger.



## A D. RAMON MARIA NARVAEZ,

EN SU VERGONZOSA DERROTA.

¿Por qué con tanta bulla y arrogancia  
hácia el suelo español marcas el paso,  
si has de verte, hombre cócora, en el caso  
de volver (si te dejan) á la Francia?

Culpa debe de ser de tu ignorancia  
sufrir esta derrota, este fracaso;  
ó eres quizá de vista tan escaso  
que no ves á dos pasos de distancia.

Si á Madrid no te hubiera conducido  
el demonio, que todo lo dispone,  
escusabas, simplon, haber venido;

Que lo que es en España, se supone,  
pobre *espadon*, ya te hemos conocido;  
has muerto, basta ya.... Dios te perdone.

## D. JOSE SALAMANCA,

alias el ministro Pepe,

### DANDO CUENTA DE SUS PECADOS A DIOS EN EL TERRIBLE DÍA DEL JUICIO FINAL.

Si la gracia tuviera de profeta  
las cosas que ha de haber escribiría  
cuando suene del juicio la trompeta.

Cuántos han de llorar en aquel día!  
Cuántos se han de reír de los llorones!  
Buena debe de estar la algarabía.

Cuántos buenos y malos corazones  
ante el trono de Dios arrodillados!  
Cuántos hombres de bien, cuántos bribones!!!

Y fortuna será no ver mezclados,  
como si fuese todo una cosecha,  
á los hombres de bien con los malvados.

Pero caber no puede tal sospecha;  
pues, según opinión de quien lo entiende,  
los buenos estarán á la derecha

y á la izquierda los malos : de esto pende  
que conocer se pueda á cada uno,  
porque según su sitio se comprende,  
justicia haciendo sin temor alguno,  
que podremos decir de cada quisque :  
«este fué un infeliz, aquel un tuno.»

Ay del que culpas, sin cesar, ventisque!  
Que en lugar de que osado al cielo trepe  
irá al infierno que sus huesos trisque.

Entre aquellos que esperan el julepe  
creo ya ver que llega y que se estanca  
el rostro enjuto del ministro Pepe.

Y no valdrán los restos de su banca  
cuando Dios señalando con el dedo  
diga alzando la voz : *ven, Salamanca.*

A detenerme voy por puro enredo  
en una digresion, que esta es mi cuerda.  
Dónde estará allí Pepe?... No concedo  
que en el derecho peloton se pierda,

y aun cuando nunca fué republicano,  
será allí diputado de la *izquierda*.

No estará muy contento y muy ufano,  
temiendo con razon, que se le increpe  
por haber sido acá mal ciudadano.

Y hasta debe temer que se le enceppe  
cuando Dios apuntando con el dedo  
le vuelva á repetir : « ven acá PEPE. »

— Señor... — Ven acá hipócrita. — No puedo.

— Cómo qué, perillan? Tienes vergüenza?

— No tengo mucha; pero tengo miedo.

— Yo buscaré quien tus reparos venza :  
la relacion estudia de tu historia,  
digno retablo del pincel de Alenza.

Y aunque subir no puedes á la gloria,  
ve diciendo tus culpas, que son tantas,  
que no deben caberte en la memoria.

Vamos á ver si tus pecados cantas,  
con esa faz de réprobo alligido  
que, omnipotenté como soy, me espantas.

A esta voz acercándose abatido,  
Pepe, en términos dice mesurados:  
perdon, señor, de mis pecados pido.

Un grito de cesantes, jubilados  
y viudas muertos de hambre aquí resuena :  
no haya perdon, señor, de sus pecados!

Sufra por muchos siglos su alma en pena,  
que es su misma conciencia quien le acusa,  
y hasta su misma fecha le condena.

No le creais, señor, no tiene excusa ;  
aunque le veis con la camisa blanca  
lleva dentro del frac mucha pelusa.

Esos suspiros que del pecho arranca,  
disfraces son como otros que ha empleado  
para engañar al mundo, Salamanca.

Mirad que fue un ministro redomado ;  
pensad que ha sido un hombre muy ladino,  
que nunca ha socorrido al desgraciado  
*sin su cuenta y razon* ; y el gran indino  
cuando iba generoso apareciendo  
ante el pueblo español, era un mezquino. —

Tantas verdades el Señor oyendo :  
tantas quejas, en fin , contra el que tuvo  
á las clases pasivas pereciendo ,

Sus justas iras elevando al cubo  
pregunta al penitente dolorido,  
por qué tan fiero en el poder estuvo.

Y el perillan como del rayo herido  
con la rodilla en tierra esclama triste :  
perdon, señor, de mis pecados pido!

Mas como este derecho no le asiste  
todos sueltan allí la carcajada,  
incluso Dios, al escuchar el chiste.

La gente suda de esperar cansada,  
se esfuerza al fin por contener la risa,  
y á Salamanca apremia; pero..... nada.

En vano á despachar se le precisa;  
tratando de dar cuentas es sabido  
que el señor don José no lleva prisa.

Y por tercera vez con un gemido  
repite al Ser Supremo esta tocata:  
«perdon, señor, por mis pecados pido.»

Repugna ya su pesadez ingrata,  
y dice Dios: «José... despacha luego,  
que todo lo demas es patarata.

Si resistencia opones á mi ruego,  
al albeitar te envio del profundo  
que no ha de herrarte á *frio*, sino á *fuego*.»

Pónese don José meditabundo,  
del alto juez temiendo los enojos  
que está ya contemplándole iracundo,  
despidiendo centellas por los ojos,  
y á Satanás brindando en tal momento  
del pobre penitente los despojos.

Entonces con el justo acatamiento,  
que en este trance á los mortales toca,  
y prestando el solemne juramento,  
del Ser Supremo la justicia invoca;  
inclina humildemente la cabeza,  
reza el *yo pecador*, abre la boca...  
y de este modo á confesarse empieza.

---

En el próximo número se dará la conclusion, que suspendemos hoy por ser bastante larga. A D. José Salamanca, alias *el ministro Pepe*, seguirá D. Ramon María Narvaez, *vulgo Espadon*.

---

Se suscribe en Madrid á 5 rs. al mes en la redacción Pasadizo de S. Ginés, núm. 3, cuarto principal, y en las librerías de CUESTA, MATUTE y GASPAS y ROIG.

En provincias; 18 rs. por trimestre, en las principales librerías y administraciones de correos.

---

*Editor responsable*, D. FRANCISCO SALES DE FUENTES.

---

Imprenta de José María Ducazal.—Pasadizo de San Ginés, núm. 3.